

EDITORIAL

1979: EL FRACASO DE DOS MODELOS

Para poder entender el año 1979, tal vez lo más adecuado sea el examinar los últimos días del mismo, en los que el país se encuentra en una profunda crisis política, esperando la respuesta de la Fuerza Armada al planteamiento que le hicieran la mayoría de los Ministros, Subsecretarios y altos funcionarios del Estado, dependiendo de ella su continuación en el Gobierno, o su renuncia definitiva. El año se debía haber cerrado con la solución de la crisis, pero se pidió prorrogar el tiempo de la respuesta hasta el día 2 de enero. De hecho, la crisis profunda estaba planteada en toda su radicalidad, y el desenlace fue la renuncia masiva del Gabinete y de dos civiles de la Junta, además de otros muchos funcionarios públicos.

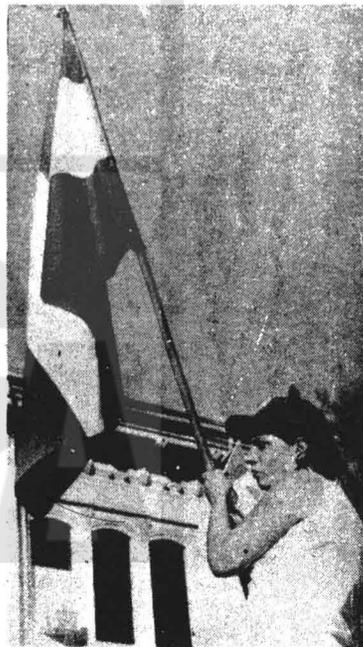
Pero, ¿por qué hizo crisis, por qué fracasó este intento de lograr un nuevo modelo, dentro siempre del sistema capitalista, para solucionar la problemática nacional? ¿Por qué resultó inviable, de hecho, el intento reformista de encontrar una salida pacífica a la crisis social que vive el país, que era un intento de dar una alternativa a una sangrienta insurrección popular?

El proceso hacia el nuevo modelo salvadoreño, ensayado en la última parte del año, estaba enmarcado en un esquema reformista profundo con reformas estructurales que disminuyeran el poder económico, social y político de la oligarquía y de la alta burguesía, y repartieran parte de ese poder entre grupos populares, es decir transfiriéndolo a las clases medias y al proletariado. Con ello se pretendía abandonar el modelo anterior, a la vez que dinamizar la economía interna, y poner las bases para un proceso de democratización que fuera integrando al pueblo en la construcción de su propio destino. Todos los grupos y personas que eran conscientes de la amenaza de una confrontación fratricida, y que deseaban evitarla, en la medida de lo posible, apoyaron el nuevo modelo. Así se integró un equipo de personas altamente preparadas, capaces, honestas y sacrificadas, como nunca lo había visto el país. Ese extraordinario grupo, aunado en un común esfuerzo de solución de los graves problemas, prometía hacer lo imposible por encontrar la vía pacífica del proyecto.

Sin embargo, ni siquiera ese esfuerzo gigantesco bastó para hacer prosperar el modelo. Ante el fracaso del esfuerzo más generoso, técnico y decidido que se ha visto en los últimos años, nos asalta angustiados la pregunta: ¿Es que no será posible ni siquiera un reformismo profundo en El Salvador? Al menos no lo ha sido con ese esquema, con esos hombres, y con ese proyecto político. Y no es porque no sean capaces. Es que tal vez ya no es viable el modelo reformista en nuestro país, sino que para cambiar algo se necesita realizar una verdadera revolución. Pero ¿es posible una revolución sin revolucionarios? La naturaleza del proceso que se inició el 15 de octubre no corresponde a lo que se entiende normalmente por revolución. Las acciones que se emprendieron iban más bien hacia una reestructuración del aparato del Estado y de la economía.

Faltaron los cambios radicales en el primer momento. Luego, cuando comenzaron a anunciarse ya era demasiado tarde. Faltaron también revolucionarios, pues la mayoría de los nuevos gobernantes nada hicieron para merecer este nombre. En efecto, con personas de mentalidad reformista, por capaces, honestas y bien intencionadas que sean, no se hace una revolución. Y no es que faltara la cuota de sangre, que ya había sido abundantemente derramada por el pueblo. Fueron estos sacrificios populares los que principalmente crearon la conciencia de la necesidad de un nuevo modelo. La diferencia entre una revolución y una reestructuración está en la ruptura total, o no, con el pasado, con los medios de dominación, con las personas que han tenido algo que ver con la estructura anterior de poder. Pero en el nuevo proceso ensayado en El Salvador, no se rompió completamente con el pasado. Desde el primer momento quedaron dentro de las Fuerzas Armadas y de los Cuerpos de Seguridad altos jefes y mandos medios que estaban vinculados con los gobiernos anteriores. Desde el primer momento, para ampliar ingenuamente la base social, que puede ser necesario para implementar un modelo desarrollista, pero es nefasto para un reformismo profundo, se vinculó en los puestos más altos, de la Junta y del Gabinete, a personeros aprobados por el capital del que se llama "abierto". Desde el primer momento se quiso olvidar el pasado, sin romper con él, y no se apresó ni juzgó a los agentes del terror y de la corrupción; desde el primer momento se impuso lo que se quiso denominar "orden", y para ello se alcanzaron altas cotas de barbarie. Desde el primer momento se quiso mantener, como instrumento jurídico fundamental, la Constitución que se había mantenido durante los períodos de mayores atropellos cometidos en los regímenes anteriores. Con estas acciones y omisiones no se puede hacer una revolución. Como tampoco se puede presuponer que unos dirigentes, honestos, capaces y desinteresados, pero marcados por un condicionamiento de clase y una extracción que no es popular, sean capaces de realizar una verdadera revolución que entregue al final del proceso el poder al pueblo. A no ser que al avanzar el proceso fueran identificándose más y más con los intereses y necesidades populares, como ha sucedido en otros lugares y en otros tiempos.

Los intereses de la derecha quedaron articulados al interior del gobierno, y comenzaron también desde allí a minar el proceso. Para la oligarquía salvadoreña ni siquiera un modelo reformista es tolerable. Sobre todo si el reformismo es profundo y aspira a quebrar precisamente el poder oligárquico, que lo configura todo en el modelo actual.





El poder económico de ese grupo minoritario quedó intacto, y el control de los medios de comunicación y de presión se mantuvieron en sus manos. Desde estos dos baluartes, el interno y el externo, comenzaron su lucha sin cuartel. Movilizaron todos sus recursos de propaganda, persuasión, confusión y, probablemente, también de chantaje. Así lograron imponer la línea dura en los altos mandos del estamento militar, al margen de los verdaderos agentes del alzamiento del 15 de octubre. Dieron un verdadero Golpe de Mano al interior del Ejército, propiciando un cambio de los representantes del Consejo Permanente de las Fuerzas Armadas, y ubicando en los cuarteles y en los puestos claves a servidores de los intereses dominantes. Fue muy significativo a este respecto que las manifestaciones de derechas ya no buscaran ni a la Junta ni al Gobierno, sino a los altos mandos de la Fuerza Armada. El desplazamiento del poder político al interior de la fuerza armada condicionó un desplazamiento del carácter reformista del proceso hacia la derecha. El signo más claro de este desplazamiento fue la defensa a ultranza de la Constitución Política y el rechazo de un Estatuto Constitucional, que en un primer momento había aprobado la Juventud Militar. Como ya se sabe por experiencia, la letra de la Constitución, convenientemente interpretada, ha sido un arma que la derecha esgrime para combatir cambios y reformas. El dejar esta arma a la derecha fue interpretado como un signo inequívoco de derechización, es decir, de cesión a las derechas.

Lo que vino después fue nada más el desenlace de la crisis. El abrir los ojos de los hombres honestos y bienintencionados que se habían comprometido con el proceso. De eso también se encargó el Alto Mando de la Fuerza Armada, que en una reunión con todo el Gabinete de gobierno mostró su prepotencia y, en el fondo, su desprecio por los civiles, a quienes, dijo había puesto, pero no los necesitaba para gobernar al país. La batalla estaba ya perdida. La última carta carecía de valor. El ultimátum presentado a la Juventud Militar, para hacerla volver a sus ideales del 15 de octubre, no era casi más que una pieza retórica, pues la Juventud Militar había perdido ya el poder ante los coroneles. Al equipo de gobierno no le quedaba más remedio que renunciar, para no prestarse al juego de la derecha, y para no traicionar al pueblo. El esquema ensayado a partir del 15 de octubre había fracasado.

Este fue quizá el último intento de solucionar pacíficamente los graves problemas que venía viviendo El Salvador en los últimos años, y que se habían agudizado radicalmente en el presente. En efecto las tres cuartas partes del año 1979 vieron el agotamiento progresivo de las posibilidades de supervivencia de un modelo de capitalismo, que a pesar de maquillajes y retoques, no tiene ya cabida en la historia de El Salvador. Junto a la decadencia y desmoronamiento del gobierno corrupto e incapaz de Romero, la victoria del Frente Sandinista sobre la dinastía de los Somoza marcó la transición a formas nuevas de concebir y planificar el futuro del país.

A lo largo de todo el año se fue profundizando la crisis del modelo de represión y de Seguridad Nacional implantado en El Salvador. Los señuelos de mitigación no engañaron ni convencieron. Ni el cambio en la jefatura de la Guardia Nacional, ni la abolición de la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público, ni la promesa de elecciones, ni la garantía de que no existían presos políticos, ni la apertura democrática ofrecida, ni la convocatoria a un Foro Nacional, sirvieron para ocultar las verdaderas características del modelo. El proceso de democratización de la Universidad Nacional con la terminación del CA-PUES y el ofrecimiento de una apertura política de libre juego de los partidos, dio atisbos de un viraje de estilo del gobierno de Romero, intento opacado por la represión cada vez mayor. Es posible que algunos elementos de dicho gobierno quisieran empujar leves medidas democratizantes; pero, en definitiva, las fuerzas opuestas a toda apertura impulsieron el autoritarismo en favor de la oligarquía.



Se continuó la represión y se intensificó a lo largo del año. Parece haber una ley férrea en el sentido de que un tal modelo es insostenible sin una cuota ingente de represión y de explotación. Represión para que el pueblo trabaje y no proteste, sufra explotación y no se organice; y corrupción para que el aparato del Estado se pliegue a intereses minoritarios y ejerza la represión sin escrúpulos. Así fueron cayendo por los campos salvadoreños dirigentes sindicales, campesinos, magisteriales, sacerdotes y catequistas, líderes de la oposición. Se intensificaron los operativos militares, las masacres y los actos de barbarie. El campo salvadoreño se fue saturando de sangre y de dolor. Y todavía los verdugos de la extrema derecha pedían más sangre, y ofrecían más corrupción. Pero el modelo también había hecho crisis; era ya insostenible.

El pueblo se había ido organizando con cada día que pasaba y con cada acto de represión que soportaba. Y se enfrentaba con valentía a la muerte, a la presión, a la tortura. El pueblo salió a la calle. Nunca como en el presente año se había vivido en El Salvador una tal combatividad del pueblo. El mes de marzo mostró la capacidad organizativa de los obreros, y cuáles eran los puntos débiles del sistema capitalista oligárquico. Mayo se convirtió en el mes de combatividad popular, y las masacres continuas no lograron arredrar al pueblo decidido a luchar por su libertad. Como consecuencia siguieron las capturas, las masacres, las muertes selectivas, la caída de algunos de sus máximos dirigentes. Pero el pueblo no se postró ante el tirano. El pueblo estaba ya clamando por la insurrección.

Pero ni siquiera la derecha estaba ya unida en el apoyo al régimen dictatorial. Los grupos más abiertos de la empresa privada y de los profesionales, se horrorizaron de tanta barbarie, y comenzaron a exigir cambios, y a pedir la caída de un régimen que a fuer de irracional ponía en peligro el sistema. La misma oligarquía, ante el peligro del aumento de impuestos que disminuían sus beneficios e intereses, le dio la espalda al gobierno, le retiró su apoyo, y comenzó a denigrarlo por su incompetencia y corrupción en los manejos de los fondos públicos, a que ellos habían inducido y acostumbrado.

Por otra parte, la presión internacional iba creciendo. Los diferentes Comités internacionales de Derechos Humanos habían condenado uno tras otro el régimen salvadoreño, y pendía como espada de Damocles la condena que se avecinaba en la OEA a reunirse en Bolivia. Las fuentes de financiamiento privado y oficial se habían cerrado para el país. Como consecuencia de las flagrantes violaciones de los derechos humanos por parte oficial y como consecuencia del mayor riesgo de incumplimiento de contratos por parte privada. A El Salvador, según el Departamento de Estado, se viajaba bajo riesgo.

La versión represiva del modelo agro-exportador maquillado se estaba agotando. El gobierno se tambaleaba, privado de todo apoyo, y sólo mantenido por la cúpula militar. El pueblo por su parte se preparaba para una liberación armada, y algunos grupos organizados ya habían decretado la insurrección como única salida.

En estas circunstancias cuando un grupo casi unánime de militares jóvenes, oficiales de baja graduación en su mayoría, deciden terminar con el proceso y con el riesgo, y en la mañana del 15 de octubre, perfectamente sincronizados, y sin disparar un solo tiro, se hacen dueños de los cuarteles, le dan horas al gobierno derrocado para aban-

donar el país, y lanzan una proclama que presenta las líneas de motivación y del nuevo modelo que quieren implementar.

Pero ya hemos visto cómo el nuevo proyecto estaba viciado en su origen y de qué forma caminó hacia su fracaso. Las buenas intenciones, las mejores inteligencias, los mejores deseos, los mejores sacrificios, no son capaces de cambiar las leyes de la historia y de la sociedad. Ha quedado claro que sólo una ruptura definitiva con el pasado podía dar viabilidad al reformismo profundo y a fortiori a la revolución.

Ha finalizado así un año de terror y de esperanza; pero concluido en una completa oscuridad. Nuevamente han triunfado las fuerzas reaccionarias y egoístas, miopes para comprender que es probablemente su última victoria, y que en un nuevo intento no se cometerán los errores de este año. Se ha cerrado el camino a un nuevo modelo, pero también ha renacido una esperanza.

Al tiempo que los hombres más honestos se retiraban del gobierno, para no ser cómplices del terror y de la opresión contra el pueblo, ha nacido una inesperada unidad de todas las fuerzas que no están dispuestas a permitir que se siga esclavizando al pueblo. Y se ha creado un frente amplio de todos los grupos, organizaciones, partidos, entidades y personas, que estén dispuestos a realizar la auténtica liberación del pueblo, sin compromiso alguno con nadie que no sea el pueblo o esté junto al pueblo.

Dios quiera que el año 1980 sea realmente el año de la liberación de El Salvador; que esa liberación se realice sin derramamiento excesivo de sangre y sin lucha entre hermanos. Dios quiera que los que todavía detentan el poder entiendan que ya no se puede seguir oprimiendo y explotando al pueblo, y que se retiren a tiempo. Y Dios quiera también que la Juventud Militar, la auténtica, la que todavía es joven, caiga en la cuenta de que su idealismo ha sido traicionado, y se decidan de verdad a ponerse al lado de su pueblo, que es el único que es su aliado auténtico, porque es su hermano.

Pero para que no se quede todo en deseos y oraciones es preciso que todos trabajemos, cada uno a su nivel y según su especificidad, por una unidad fuerte de todas aquellas fuerzas que sinceramente quieren cambios profundos, una unidad generosa y desinteresada de todos los grupos y personas que quieren romper con el estado de cosas actual y luchan por una sociedad nueva, justa, democrática y pacífica. Hagamos así del año que pasó un hito en la penosa liberación del pueblo y del año que comienza uno de realizaciones liberadoras.